

**David Alvarez Roblin (2014). *De l'imposture à la création: Le Guzmán et le Quichotte apocryphes*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 406**

Luis Gómez Canseco  
(Universidad de Huelva, España)

Cuando parece que queda poco o casi nada por decir de obras clásicas reiteradamente transitadas por la crítica, la inteligencia de algún estudio y la propia riqueza de los textos nos viene a abrir sendas fértiles e insospechadas. Es el caso de David Alvarez Roblin, quien se ha echado al monte para indagar en la naturaleza literaria del *Quijote* de Cervantes y del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán a través de las complejas relaciones que mantienen con sus correspondientes continuaciones apócrifas, la *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* de Mateo Luján de Sayavedra, impresa en Valencia por Pedro Patricio Mey en 1602, y el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, firmado por Alonso Fernández de Avellaneda y salido de las prensas tarraconenses de Felipe Roberto en 1614. El libro de Alvarez Roblin, antiguo alumno de la École Normale Supérieure de Lyon, es el fruto depurado de una tesis doctoral defendida hace ahora cinco años en la Université Michel de Montaigne de Burdeos bajo la dirección primero del profesor Jean-Pierre Étienvre y luego de María Aranda. Y no se entienda que estos pormenores son mero cotilleo biográfico, sino parte esencial de un perfil intelectual que se refleja en este fino, lúcido y metódico trabajo.

El discurso se presenta dividido en tres partes, correspondientes a una estructura tradicional en la formulación del pensamiento: tesis, antítesis y síntesis. Cada una de esas partes está dispuesta en tres capítulos, que, a su vez, contienen cada uno de ellos otros tres apartados, en un ejercicio de simetría intelectual que refleja formalmente el rigor del autor con su trabajo. Para las dos primeras partes se ha elegido una enunciación retórica y paradójica: «Les continuations apocryphes: pâles copies ou créations véritables?», en el primer caso, y «Les secondes parties authentiques: des œuvres sous influence?», en el segundo; mientras que la tercera parte se anuncia de manera conclusiva: «Vers une théorie de l'apocryphe». Esa primera parte, como puede verse, atiende a las continuaciones apócrifas del *Guzmán* y el *Quijote*, sugiriendo que, aun cuando nacieran de temas, indicios y claves apuntados en las primeras partes originales, tienen una

naturaleza literaria autónoma. Frente a la apariencia inicial de continuidad, tanto Luján como Avellaneda siguieron un itinerario propio. Aquel construyó una ficción más abierta que Alemán, adoptando la perspectiva de un observador irónico de la realidad sin mayor intención edificante. Avellaneda, sin embargo, se esforzó en dar una dimensión didáctica e ideológica a su historia, por completo ajena al modelo cervantino. A pesar de que también usara de la burla como instrumento en la construcción narrativa, el apócrifo se inclina siempre por el adoctrinamiento. De ahí la cadena de errores que protagonizan unos don Quijote y Sancho reducidos a la encarnación invariable de un loco y un tonto, y de ahí también la enmienda ejemplar a la que acuden los personajes que les rodean. Como consecuencia de este análisis, David Alvarez colige que, mientras el *Guzmán* apócrifo se aproxima al modelo cervantino, la solución avellanedesca converge con Alemán y su búsqueda de la ejemplaridad en la escritura.

La siguiente sección analiza las segundas partes con que los verdaderos autores de las dos primeras, Cervantes y Alemán, respondieron al envite, para destacar el enorme protagonismo que otorgaron a los libros apócrifos. Hay, claro está, una pertinaz censura no solo por parte de los propios autores, sino también por boca de sus personaje; pero, al tiempo, se establece un diálogo con el contrario que deriva en una fuerte y visible influencia. Ni Alemán ni Cervantes tuvieron inconveniente en tomar sentencias, episodios, temas o personajes de las continuaciones espurias, convirtiéndolas en fuente y hasta en modelo literario para su escritura. Pero también se establece un ejercicio de emulación literaria que conduce a una profunda renovación de la concepción original del texto. Mateo Alemán, que reconoció sin empacho la calidad de Luján, multiplicó los trazos de ejemplaridad que su apócrifo había querido dejar de lado. Cervantes, por el contrario, se inclinó por los matices y los equívocos allí donde Avellaneda había establecido dogmas y jerarquías, pero, sobre todo, insertó ese segundo *Quijote* en la trama de su misma continuación y lo rodeó de incertidumbres e inverosimilitudes, abriendo caminos hasta entonces insospechados a la ficción en prosa.

La tercera y última parte pretende establecer una teoría del apócrifo en la literatura española del Siglo de Oro. Para ello se parte de la existencia misma de dichas continuaciones, que, por un lado, implica un reconocimiento de la importante presencia literaria y comercial de las primeras partes, aunque, por otro, recalque su condición de obras incompletas y necesitadas de remate. Esa es su principal conexión con el original: repensarlo para darle una prosecución no contemplada por el primer autor. Por eso, Luján aligera y suaviza el paradigma narrativo alemaniano, mientras que Avellaneda construye un discurso más rígido y afín a la moralización propuesta por Alemán. Partiendo de esa correspondencia cruzada entre el *Guzmán* apócrifo y el primer *Quijote* y entre Avellaneda y la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*, David Alvarez identifica dos modelos en

la narrativa hispánica del XVII, el prismático y el axial. Luján y Cervantes representarían el primero por la multiplicidad de direcciones y posibilidades en sus textos, que muestran una mayor apertura literaria, moral e ideológica y se ofrecen a una recepción menos condicionada de antemano. Alemán y Avellaneda, por su parte, representarían el modelo axial, pues construyen su escritura y sus tramas sobre un eje inamovible, planteando una lectura inclinada a la instrucción del receptor. Todo ello conduce a la formulación de una teoría en torno a la creación de obras apócrifas que Alvarez Roblin denomina «*théorie des deux moitiés*», esto es, 'teoría de las dos mitades', según la cual el apócrifo es una parte complementaria y hasta ineludible de un original incompleto: «Il apparaît que le *Guzmán* de 1602 et le *Quichotte* de 1614 ne relèvent à proprement parler ni du plagiat ni de la réécriture, mais d'une autre modalité – très spécifique et paradoxale – de l'emprunt: l'apocryphe, qui consiste, pour les continuateurs, à écrire comme s'ils créaient la moitié manquante de l'œuvre originale» (p. 364). Ese *apócrifo*, como modalidad de escritura, se plasmaría, según entiende Alvarez Roblin, en una permutación entre los dos modelos narrativos que se había establecido como punto de partida, la escritura prismática y la axial. En esta situación, Mateo Alemán y Miguel de Cervantes se vieron obligados a reinterpretar sus propios textos a la luz de una lectura distinta a la que ellos mismos habían hecho inicialmente. De modo que sus respectivos apócrifos terminaron por condicionar y perfeccionar las segundas partes que abordaron los autores originales, hasta el punto de que ni el *Guzmán* de 1604 ni el *Quijote* de 1615 hubieran sido posibles – al menos tal y como nos han llegado – sin la concurrencia de esas continuaciones previas.

Con una sencilla elegancia material y una escritura precisa y transparente, *De l'imposture à la création* de David Alvarez Roblin se presenta como un trabajo ambicioso, excelente e imprescindible para la interpretación y disección crítica del *Guzmán*, el *Quijote* y sus apócrifos. Pero hay más, pues, aun cuando con eso fuera más que suficiente, se viene a formular toda una teoría sobre la escritura apócrifa en la España áurea y, más allá, se propone una categorización de la narrativa hispánica en el siglo XVII, precisamente el momento en que se estaba gestando nada más y nada menos que la novela moderna. Y no se trata de un ejercicio de arquitectura intelectual sin más, sino de una lectura arriesgada, valiosa, sólida y convincente, que refleja el cumplido quehacer de quien la formula, pero también su empeño celoso y una honda pasión por la literatura, que se atisba detrás de esa simetría cartesiana.

